

Setenta años de la muerte de Enrique Jardiel Poncela

# En la trinchera del humorismo

Alfredo Luengo Rozas  
Científico superior de la Defensa



**E**L 18 de febrero se cumplen setenta años de la desaparición de uno de los autores más polifacéticos de las letras españolas, cuyo caudal creador y magnitud de sus innovaciones le sitúan en el palco de los grandes literatos del Siglo de Oro. Con motivo de la muerte del dramaturgo, su hija Evangelina Jardiel Poncela había dado instrucciones para inscribir el archiconocido epitafio que corona su sepultura: *si queréis los máximos elogios, moríos*. Pese a aquella declaración de intenciones, los elogios continuaron tardando en llegar.

La influencia entre sus contemporáneos es palmaria. «En mi época, ningún escritor ha sido más y más desvergonzadamente plagiado que yo». Aunque, efectivamente, el torrente revolucionario de su literatura humorística encontró enorme oposición en su tiempo. «He triunfado en todo cuanto en arte intenté. ¿Iban a perdonármelo los pelagatos del arte?».

En la historia española rara vez ha existido semejante unanimidad en los odios despertados hacia un artista. «Si tienes razón, si

eres fuerte, si eres guapo o si eres inteligente, nunca dejará de discutirte en vida». No se caiga en la tentación de pensar en fobias ideológicas: Enrique Jardiel Poncela fue igualmente despreciado por las morales dominantes de los distintos regímenes que se sucedieron en España en la primera mitad del siglo pasado. «Inmortal tiene que ser España para no haber sucumbido ya a tanto daño como le han hecho, al través de la Historia, los españoles».

Su obra literaria está limpia de incursiones políticas, con la única salvedad de la novela *La «tournée» de Dios*, cuyas advertencias iniciales y discurso final se erigen en referencias ético-políticas de primer orden.

Plasmadas estas líneas introductorias, las que se escriben en adelante quieren contribuir a homenajear a aquel semblante literario único e irrepetible que encarna Enrique Jardiel Poncela. Su marcada originalidad e inventiva arrolladora tuvieron varios guiños a lo largo de su obra a lo castrense. Son referencias perspicaces y efectistas, que se integran de manera perfecta en sus geniales creaciones.

En todas ellas —novelas, comedias, ensayos, artículos y aforismos— persigue la siguiente máxima: «La inteligencia es siempre la risa: saber reírse con todo lo que tiene gracia y saber reírse de todo lo que no tiene gracia». A continuación, se proponen algunas muestras de este talento formidable, fruto de la audacia de un genio entregado al noble arte de hacer reír.

Las peripecias bélicas no fueron del todo ajenas al joven escritor, pues las vivió en primera persona. En el prólogo de *Amor se escribe sin hache* narra una de las anécdotas por las cuales se jacta de su óptima salud física:

«(...) he soportado veinte minutos de acrobacias aéreas en un aeroplano militar de caza, mientras el cinturón salvavidas se me desabrochaba, y me obligaba a aferrarme con las dos manos al baquet para no dar un salto de 2.500 metros. En estas condiciones ejecutar volteretas en el aire, ver las nubes abajo y los campos, las

casas y los árboles arriba, es bastante entretenido». Apunta al pie de página que las acrobacias se las «propinó en Getafe el magnífico piloto capitán José Bermúdez Reina. Un hombre encantador».

Iniciada ya la novela, leemos el siguiente diálogo, en el que Zambombo asiste a la conversación entre dos señoras: «—¿Un amante, oficial de Aviación? ¡Qué vulgaridad! Si al menos hubiese sido soldado...—¿Qué quieres? A falta de soldados, buenos son los oficiales...—¿Y te quería mucho el oficial? ¿Era cariñoso? ¿Era amante?—¡Ah, no!—suspiró la otra—. La costumbre es la peor enemiga del amor. El oficial no era amante precisamente porque era el amante oficial».

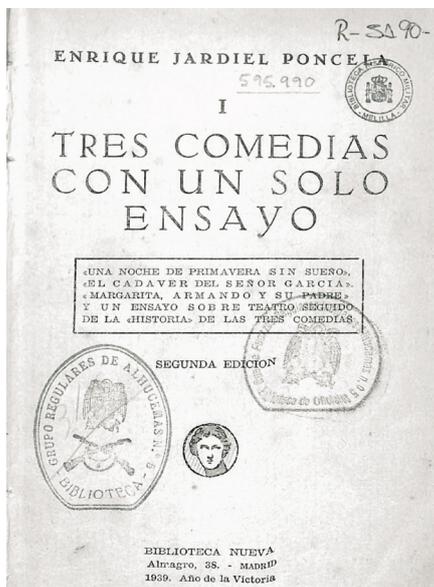
En Pero... ¿hubo alguna vez once mil vírgenes? el infalible don Juan, con la mente trastornada por los últimos acontecimientos, rechaza a varias amantes: «Germaine, la más humilde y más niña de todas, apoyó la cabeza en su hombro mirando al cielo, y susurró, como la noche en que se le había entregado: —Explícame las estrellas, mon chéri... Y él contestó con aire de antiguo miliciano: —Una sobre la bocamanga, alférez; dos, teniente; tres, capitán. Una en la bocamanga, comandante; dos, teniente coronel; tres, coronel... Y Germaine se retiró a sus habitaciones, llorando en silencio». En esta línea de encuentros amorosos que inundan sus escritos, tiene lugar en ¡Espérame en Siberia, vida mía! el de Palmera y Mario, de noche: «Después se sentó al lado de la cabeza del muchacho para verle más de cerca, prurito que también sienten los capitanes de fragata al descubrir una costa tropical».

Enrique Jardiel Poncela hacía gala de una proverbial capacidad para escribir en verso, como se observa en *Angelina o el honor de un brigadier*, que fue llevada por él mismo al cine durante su segunda estancia en Hollywood. Al inicio de la comedia, se presenta el brigadier: «Yo me llamo don Marcial, / y hoy solo soy brigadier, / pero seré general / en cuanto logre ascender, / pues eso es lo natural. / De grandes he-

chos añejos / he sido actor y testigo: / don Juan Prim me llamó amigo / después de Los Castillejos; / pertenezco a la Asamblea / de Cortes Constituyentes / y formé entre los valientes / en el puente de Alcolea. / Y aunque el respeto a mi fama / me figuro merecer, / como se verá en el drama, / me la pega mi mujer».

La chispa de la originalidad se enciende en cada instante en la obra de Enrique Jardiel Poncela, generando un placer insuperable. El deleite intelectual que provocan la ironía sutil, los planteamientos inverosímiles y el ingenio desbordante se combina con un atávico impulso a reír y a saborear un zardeo que ha excitado la parte más noble del ser. En la historia segunda, de las *Nueve historias contadas por un mudo*, leemos: «El soldado, agitado por la emoción, se apresuró a sacar un pitillo y hecho un barullo, junto con el fusil, se lo presentó a su príncipe, el cual, por fortuna, no se equivocó y lo que se fumó no fue el fusil, sino el pitillo».

Enrique Jardiel Poncela es uno de los padres ilustres del humorismo, renovador del teatro patrio y sabedor de las limitaciones de la mayoría de seres humanos a la hora de comprender su particular actitud ante la vida. En su discurso de ingreso en la Real Academia Española, titulado *La otra generación del 27*, leído el 5 de junio de 1983, su amigo desde la infancia José López Rubio, realiza la siguiente invitación: «Para conocer al más completo Jardiel Poncela no hay que consultar con sus biógrafos, ni siquiera consultarme a mí, que conviví tanto con él en España y en Norteamérica. Para estar al tanto de sus ideas, de sus amores, de sus admiraciones, de sus odios, de sus desprecios, de sus amistades y, por otra parte, de su estética, su apurado concepto del teatro; el plan y el análisis de sus obras; sus idas y venidas en los treinta años mal contados de su existencia intensiva, en todos los sentidos, no hay como sorberse los prólogos de las ediciones de sus comedias. Allí está el Jardiel entero, insobornable, eufórico o exasperado, certero, lúcido, cordial y también rencoroso, implacable, demoledor».



## Poncela en la Red de Bibliotecas de Defensa

Las bibliotecas del Ministerio de Defensa suman entre sus diferentes centros más de cuatro decenas de ejemplares de Enrique Jardiel Poncela de acuerdo con su Catálogo Colectivo ([www.bibliodef.es](http://www.bibliodef.es)). Estos centros, que dan apoyo al estudio y la investigación, también ofrecen a los usuarios lecturas para el tiempo de ocio, distraer la mente y, en el caso de la obra de Poncela, hasta esbozar una sonrisa.

Entre esos libros, el más veterano se conserva en la Biblioteca Histórico Militar de Melilla y data de 1939. Su título es *Tres comedias y un solo ensayo*.

La Red de Bibliotecas de Defensa conserva, asimismo, ediciones de los años cuarenta; además de publicaciones de las décadas siguientes y, también, de años más cercanos. Algunos de los títulos de esos ejemplares son: *¡Espérame en Siberia, vida mía!*, *Amor se escribe sin hacer*, *Angelina o el honor de un brigadier*, *Eloísa está debajo de un almendro* y *Cuatro corazones con freno y marcha atrás*. Esta última se estrenó el 2 de mayo de 1936 en el teatro Infanta Isabel (Madrid) y su primer nombre fue *Morirse es un error*. Con posterioridad, fue llevada al cine y la televisión.